



*Anna Casanovas*  
**SÍ QUIERO**

*Anna Casanovas*  
**Relatos**

© Anna Turró Casanovas, 2009

Este relato no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del propietario. Todos los derechos reservados.

Diseño portada: © Marina Turró Casanovas, 2009 – Web: [www.marinaturro.com](http://www.marinaturro.com)

Depósito Legal: B-xxxx-09

**ANNA CASANOVAS**

**SÍ, QUIERO**



## PRÓLOGO

Faltaba una semana para la boda y Emma todavía no podía creerse que ella y Guillermo fueran a casarse. Llevaban más de medio año viviendo juntos, y habían sido los mejores meses de su vida, a pesar de que en hospital le cambiaban el turno cada dos por tres y de que sus padres seguían creyendo que estaba cometiendo un error. Los doctores conocieron a Guillermo unas semanas después de la reconciliación de la pareja y al parecer lo único que les impactó fue que no era médico. El que Guillermo fuera el hombre que la hacía feliz era un detalle sin importancia, el que quisiera a su familia y a sus amigos con locura, una nimiedad, y el que acabara de abrir su propio despacho, algo completamente prescindible. Según los padres de Emma, los doctores, lo único relevante de Guillermo Martí era que no era médico. Esa cena pasaría a la historia como uno de los momentos más incómodos de su vida. Por suerte, Raquel, su hermana pequeña, opinaba lo contrario. Raquel llegó a incluso a decirle que si dejaba escapar a Guillermo la ingresaría en un manicomio. Y cada vez que a Emma la asaltaban las dudas sobre si sería capaz de hacer feliz a Guillermo, Raquel la abrazaba y le decía que por supuesto, que lo único que necesitaba Guillermo para alcanzar la felicidad era tenerla a su lado.

Emma llevaba media hora sentada en la cama. Estaba agotada, había empezado el turno a las ocho de la mañana y ahora, doce horas más tarde, volvía a estar en casa. En teoría habría tenido que salir a las tres pero por culpa de las bajas por gripe, y de su mala suerte, no había sido posible. Y lo peor de todo era que había tenido que llamar a Guillermo para decirle que no podía verlo a la hora de comer. Habían quedado para almorzar juntos en un pequeño restaurante que había cerca del hospital y así poder charla un rato. Últimamente, Emma tenía la sensación de que sólo coincidían para dormir. Cuando lo llamó al móvil comunicaba, así que probó a ver si tenía más suerte con el número del despacho. Le respondió Mónica, la secretaria que había contratado un par de meses atrás, y ésta tomó nota del recado. No poder hablar con él la fastidió un poco. Le hubiera bastado con escuchar la voz de Guillermo durante unos segundos para poder seguir adelante, pero se resignó, compró un bocadillo en la cafetería del hospital y volvió a la sala de urgencias.

Estaba sentada en la cama y con el pulgar de la mano izquierda hacía girar el anillo que Guillermo le había colocado en el dedo anular tres meses atrás. Después de su reconciliación el día que nació María, la primera sobrina de Guillermo, a Emma ni se le había pasado por la cabeza la idea del matrimonio. El único ejemplo que ella tenía sobre dicha institución eran sus padres, y ni loca quería eso. Los doctores eran un matrimonio de revista; frío y plano. Perfectos sobre el papel y pésimos en cuanto al afecto se refería. Emma y Raquel, ahora que por fin estaban unidas, hacían broma acerca de que era un milagro que ellas dos hubieran nacido. Seguro que sus padres habían programado el encuentro con meses de antelación y que no habían dejado nada al azar. Las dos se lo imaginaban como un acto frío, incluso clínico, y el modo en que sus padres las habían educado corroboraba dicha teoría. Pero a lo largo de los últimos meses, Emma había aprendido que no todas las relaciones de pareja eran así; John y Hannah, sus queridos amigos de Nueva York, llevaban años juntos y bastaba con verlos para saber que se amaban con locura, incluso los abuelos de John, a sus ochenta años, estaban enamoradísimos. Los padres de Guillermo también eran muy buen ejemplo, y Ágata y Gabriel, los padres de María, daban incluso envidia. Emma levantó las comisuras de los labios y se tumbó entre los cojines que decoraban la cama.

## 1

*Unos tres meses atrás...*

-No quiero levantarme –murmuró Emma levantando la mano para apagar el despertador que no paraba de sonar.

-No te levantes –respondió Guillermo abrazándola desde la espalda-. Es sábado.

Emma golpeó la dichosa maquinita y ésta cayó al suelo.

Guillermo le dio un beso en la nuca.

-Este fin de semana no trabajas, o eso dijiste anoche antes de dormirte. – Otro beso.

-Supongo que puse el despertador por inercia. Siento haberte despertado – susurró, pegándose a él-. Vuelve a dormirte.

Él no dijo nada, pero Emma notó que sonreía a su espalda. Los labios de Guillermo estaban tan cerca de su piel que sintió perfectamente como las comisuras se levantaban. Él se incorporó un poco, apoyando la cabeza en su mano izquierda mientras deslizaba la derecha debajo del camión de ella.

-No tengo sueño –respondió por fin, antes de tumbarla despacio hacia él para poder besarla.

Los besos de Guillermo siempre la estremecían, no importaba cuántas veces la besara, todos y cada uno de esos besos se fundían en su piel, en su alma, en su corazón, haciendo que no supiera donde empezaba él y terminaba ella. Hasta que le conoció, Emma no entendía que la gente cometiera locuras por amor pero después de haber estado a punto de perderlo por culpa de su propia estupidez sabía que sería capaz de todo por hacer feliz a ese hombre.

Él le acarició la cara con la mano que no soportaba su peso y se apartó al notar que Emma temblaba. La miró a los ojos y le apartó un mechón pelirrojo que le caía por los ojos.

-¿Estás bien? –le preguntó preocupado.

Ella lo miró a los ojos. Todavía le sorprendía ser tan feliz.

-Sí, estoy bien –le susurró, enredando los dedos en la nuca de él-. Te quiero.

-Y yo a ti, mi vida.

Guillermo volvió a agacharse para besarla. La mano de ella dibujó la columna de la espalda de él en busca del final de la camiseta para poder quitársela.

La de él estaba frenética por hacer desaparecer el camisón de encima de la piel de ella. Los labios de los dos parecían incapaces de decidir qué besar antes, sus corazones latían desenfrenados y entonces... sonó el móvil de Emma.

-No lo cojas –susurró Guillermo con la voz entrecortada.

Ella le dio un último beso y antes de separarse le mordió con delicadeza el labio inferior.

-Tengo que hacerlo. Es el del hospital –añadió con los ojos cerrados-. Lo siento.

-Cógelo antes de que me levante y lo tire por la ventana –le sugirió él apartándose de ella y tumbándose en la cama.

Emma fue a buscar el odiado teléfono y vio que el número que salía reflejado en la pantalla era el de su padre. Se planteó no responder, pero ya se había levantado y quizá sucedía algo grave. Sus padres nunca la llamaban.

-¿Diga? –contestó algo insegura, convencida de que su padre la habría llamado por error.

-Emma, por fin contestas –dijo Ricardo Sotomayor como si hablara con su hija a diario-. Espero que no tardes tanto en cogerlo cuando te llaman del hospital.

Emma contó hasta diez antes de responder.

-¿Pasa algo, papá? –le preguntó sin rodeos-. ¿Por qué me llamas?

-El doctor Meyer está en Barcelona dando unas conferencias –le explicó su padre-. He quedado con él para almorzar y he pensado que deberías conocerlo.

El doctor Alfred Meyer era el mejor especialista en cirugía cardiovascular de Europa, por no decir del mundo. Toda una eminencia. Apenas un año atrás Emma habría matado por estar sentada en la misma mesa que él, pero ahora no estaba tan segura de que valiera la pena... le parecía mucho más tentador pasar el día con Guillermo.

-Es una oportunidad única –insistió Ricardo-. Y así tú y yo podremos charlar un rato, hace tiempo que no nos vemos.

Emma respiró hondo. A su padre siempre se le había dado muy bien el chantaje emocional.

-Está bien. ¿En qué restaurante habéis quedado y a qué hora? –Emma tomó nota y trató de convencerse de que estaba haciendo lo correcto. Estaría bien poder pasar un rato con su padre, y conocer al doctor Meyer era verdad todo un honor. Y ella y Guillermo ya tendrían tiempo de estar juntos otro día. Regresó a la habitación y a Guillermo le bastó con verle la cara para saber que estaba preocupada.

-¿Quién era? –le preguntó, sentándose en la cama con la espalda recostada en el cabezal.

-Mi padre.

Él único gesto que hizo Guillermo fue levantar una ceja, pero fue de lo más elocuente.

-Tu padre.

-Sí. –Se tumbó junto a él y lo abrazó por la cintura.

-¿Tú padre te ha llamado al teléfono que tienes para que te localicen en el trabajo? –Tras notar que ella asentía, continuó:- ¿Por qué?

-Al parecer el doctor Meyer está en la ciudad y quiere que almorcemos juntos para presentármelo.

-¿El doctor Meyer? –Le acarició el pelo.

-Es el mejor cirujano cardiovascular que existe. Es alemán, y casi nunca accede a salir de su país. Mi padre lo conoció hace años y han quedado para comer.

-¿Y qué le has dicho?

-Le he dicho que iré –respondió en voz baja-. ¿Estás enfadado? –susurró tras una larga pausa.

-¿Enfadado? ¿Por qué iba a estarlo? –Agachó la cabeza un poco mientras que con una mano le levantaba la barbilla para darle un beso-. Te echaré mucho de menos, si es eso a lo que te refieres, pero si te apetece conocer a ese doctor y comer con tu padre has hecho muy bien en aceptar la invitación.

Ella le dio otro beso y después apoyó la cabeza en el hombro de él. Se quedó un rato escuchando cómo le latía el corazón.

-Todavía me cuesta un poco –le dijo en voz baja.

-¿El qué? –le preguntó Guillermo.

-Esto. Tener una relación –le explicó sonrojándose.

-Yo diría que se te da muy bien, cariño. –Inclinó la cabeza hasta poder hundir la nariz en la melena de ella-. Y ya que no voy a poder estar contigo, supongo que llamaré a Anthony para ver si consigo animarlo. Últimamente no sé qué le pasa.

-Tal vez antes deberías hablar con Helena –le sugirió Emma.

-¿Helena?, ¿mi hermana?

Emma se apartó un poco y lo miró a los ojos.

-A veces me olvido de que todo lo que tienes de listo para los negocios lo tienes de bobo para otras cosas. –Le dio un beso para evitar que él se defendiera-. Sí, Helena, tu hermana –le aclaró-. Hazme caso, entre Helena y Anthony pasa algo.

-No, qué va –dijo Guillermo.

-Ya verás como el tiempo me dará la razón.

Guillermo y Emma se miraron a los ojos y justo cuando ambos iban a retomar lo que habían empezado antes volvió a sonar el maldito teléfono.

Él apretó los dientes y soltó una maldición.

-Cógelo –dijo resignado-, pero te juro que mañana por la mañana le quitaré la batería para que no puedan localizarte.

Esta vez, para mayor sorpresa de la propia Emma, la que la llamaba era su madre para decirle que al final habían cambiado de restaurante y que la esperaban media hora antes. Después de colgar, Emma estaba tan estupefacta de que tanto su padre como su madre hubieran perdido unos minutos de su preciado tiempo para llamarla y pensar en ella que Guillermo optó por levantarse y preparar el desayuno. Lo mejor sería que pasaran lo que les quedaba de mañana tranquilos, y se le ocurrió que podrían salir a pasear y acercarse a esa tienda de utensilios para la cocina que tanto le gustaba a Emma. Siempre se relajaba cuando compraba algo nuevo e imprescindible para hacer algo tan útil como ejemplo pelar ajos sin tener que tocarlos. Guillermo nunca había tenido la cocina tan bien equipada como ahora, y nunca había sido tan feliz, a pesar de que no sabía ni para qué servían más de la mitad de los trastos que había en casa.

## 2

Emma fue la primera en llegar al restaurante. Ella no era especialmente neurótica en lo que a la puntualidad se refería, pero quería ahorrarse cualquier comentario sarcástico que pudieran hacerle sus padres y prefirió adelantarse un poco. Como era de esperar, sus padres y el doctor Meyer no tardaron en llegar y por la cara de satisfacción que puso su madre, Emma supuso que había acertado. Y se riñó a sí misma por todavía buscar la aprobación de una mujer que sabía de sobras que era imposible de complacer.

El almuerzo fue una mezcla extraña entre una clase magistral de medicina y una entrevista de trabajo. Era innegable que el doctor Meyer era único en su campo, y era igual de cierto que carecía totalmente de la habilidad de mantener una conversación fuera del ámbito de la medicina. Los padres de Emma fueron los anfitriones perfectos. Ambos dominaban el alemán y el inglés, así que intercalaban comentarios en los distintos idiomas con su invitado. El doctor Sotomayor formuló en todo momento las preguntas precisas, añadiendo de vez en cuando un comentario acerca de lo brillante que había sido la carrera de Emma hasta que sufrió un pequeño incidente. Emma, que estaba relativamente ausente de la conversación, tardó unos segundos en comprender a qué se refería su padre. Y cuando dedujo que «el incidente» era la muerte de Esteban y la decisión que tomó ella de redirigir su carrera profesional tuvo que morderse la lengua para no decirle algo. Ella ni siquiera conocía a Esteban, pero sin duda su repentina muerte en la mesa de operaciones de Emma se merecía ser considerada algo más que un «pequeño incidente». Además, tomar la decisión de pedir una excedencia e irse a Nueva York a ese curso de cocina, había sido la mejor decisión que había tomado en toda su vida. Ahora, no sólo tenía a su lado a Guillermo, sino que era mucho

mejor médico que antes de irse. Y así tenía intención de decírselo a su padre... tan pronto como la dejaran hablar.

Sus padres y el doctor Meyer estaban enfrascados en una conversación acerca de las facultades de medicina y la escasez de personal sanitario, así que Emma se cansó de intentarlo y optó por tomarse su infusión y esperar al momento adecuado para despedirse e irse de allí. Su padre pidió la cuenta, que evidentemente pagó él, y lo que dijo después de entregarle la bandejita al camarero cogió a Emma completamente desprevenida.

-Hija, estaba pensando que podríamos acompañar paseando al doctor Meyer hasta su hotel.

-Claro, así podremos charlar un rato –añadió su madre.

Emma tenía la palabra «no» en la punta de la lengua, pero pensó en Guillermo y lo que él siempre le decía acerca de que tener una buena relación con la familia exigía mucho esfuerzo y sacrificio por ambas partes. Quizá sus padres estuvieran tratando de acercarse a ella, y si ella se negaba o rechazaba ese gesto su relación nunca mejoraría.

-Claro –respondió-. Voy al baño, enseguida vuelvo.-Emma aprovechó aquellos instantes de intimidad para llamar a Guillermo. Sacó el móvil del bolso y vio que él le había mandado un mensaje diciéndole que había ido a comer con Anthony. En el mismo mensaje también incluía una lista de las cosas que le haría cuando volvieran a estar solos y, como siempre, se despedía con un beso.

Ella le escribió diciéndole que, lamentablemente, llegaría un poco más tarde y que se decantaba por el segundo punto de la lista, que consistía en ellos dos desnudos y una enorme cama de matrimonio. Unos veinte segundos después de mandar el mensaje Guillermo le respondió con sólo dos palabras: «date prisa». Más contenta de lo que había entrado, Emma se lavó las manos, se colocó bien la pinza del pelo, y salió del baño.

El hotel en el que estaba hospedado el doctor Meyer estaba relativamente cerca del restaurante y no tardaron más de media hora en llegar. Estaban despidiéndose en la entrada cuando el padre de Emma reveló el verdadero motivo que se escondía detrás del almuerzo.

-El doctor Meyer, Alfred, me ha comentado que tiene una vacante en su equipo.

El citado doctor miró a Emma y continuó con el discurso de Ricardo Sotomayor.

-Estaría encantado de que vinieras, Emma. Tu curriculum es inmejorable...

-Hace casi dos años que no me dedico a la cirugía cardiovascular –lo interrumpió ella-. Y...

-Y estás perdiendo el tiempo en urgencias –su madre no la dejó continuar-. Ya va siendo hora de que te centres.

-Ya estoy centrada, mamá –sentenció Emma-. Le agradezco mucho que haya pensado en mí, doctor Meyer, pero estoy segura de que no soy la mejor candidata para el puesto.

-Antes de que conocieras al tal Guillermo no eras así, Emma –dijo su padre que llevaba rato callado-. Me siento muy decepcionado contigo. Jamás me habría imaginado que rechazarías una oportunidad como ésta.

Emma respiró hondo.

-Guillermo no tiene nada que ver con esto.

-Claro que tiene que ver, pero lo mejor será que dejemos esta conversación para cuando estemos los tres solos. Seguro que el doctor Meyer quiere ir a su habitación –añadió su madre, cumpliendo con el papel de perfecta anfitriona-. Lamento mucho que hayas tenido que presenciar esta discusión doméstica, Alfred. Y no le hagas caso a Emma, dale un par de días para pensarlo. Si no te importa.

-Por supuesto que no. Manuela, ha sido un placer volver a verte –se despidió de la madre de Emma-. Y a ti Ricardo supongo que te veré mañana. –Se giró hacia

Emma-. Ha sido un placer conocerte, Emma. Mi ofrecimiento sigue en pie. No me iré de Barcelona hasta dentro de una semana, así que tienes hasta entonces para darme tu respuesta.

-Gracias, pero me temo que no cambiaré de opinión. –Le tendió la mano-. Ha sido todo un honor conocerlo, doctor.

El hombre le estrechó la mano y entró en el hotel. Emma se quedó mirándolo y se recordó que el pobre hombre no tenía la culpa de que sus padres fueran unos manipuladores que sólo sabían pensar en su carrera profesional. Bueno, las suyas y las de sus hijas, al parecer. Cuando el doctor Meyer desapareció en el vestíbulo, Emma se dio despacio media vuelta y deseó ser Dorothy del Mago de Oz y poder golpear los talones para desaparecer de allí. Dado que sus zapatos negros distaban mucho de ser los de lentejuelas rojas, se resignó a enfrentarse a sus padres.

-Emma, tu padre y yo creemos que deberías aceptar ese trabajo –empezó su madre sin dar ningún rodeo-. Lo de irte a Nueva York a aprender a cocinar fue una locura, pero al menos regresaste y conseguiste que te readmitieran en el hospital.

-En urgencias –apuntó su padre con desprecio.

-Sí, bueno, Ricardo, piensa que podría ser peor –lo consoló Manuela-. Y lo de irte a vivir con ese Guillermo.

-Guillermo es lo mejor que me ha pasado en la vida. Y os agradecería que os refirierais a él con más respeto.

-Ese hombre frenará tu carrera profesional –siguió su padre, haciendo caso omiso de la intervención de Emma-. ¿Qué dijiste que había abierto, una gestoría? No está a tu altura, Emma. Tú ibas camino de convertirte en la mejor cirujana cardiovascular de España.

Y de perder mi alma por el camino, pensó Emma, por no hablar de mi felicidad y del respeto por mí misma. Y habría terminado sola o con un matrimonio como el vuestro.

-¿Nos estás escuchando? –La pregunta de su madre la sacó de su ensimismamiento.

-Sí, mamá, os estoy escuchando. Pero voy a dejar de hacerlo. –Se aseguró de que ambos le prestaran atención y continuó:- Si hubierais puesto el mismo interés en hablar conmigo que el que habéis puesto en tratar de dirigir mi carrera profesional, os habríais dado cuenta de que soy feliz. –Por el modo en que la miraron supo que su felicidad ni siquiera se les había pasado por la cabeza-. Y no sólo lo digo por Guillermo, sino por mi trabajo. Por primera vez en mucho tiempo me gusta lo que hago. Me siento bien conmigo misma y con la profesión que he escogido. –Respiró hondo-. No pienso irme a Alemania, ni a ningún otro sitio, y arriesgarme a perder lo que tanto me ha costado conseguir.

-Estás cometiendo un error –sentenció su padre.

-No te negaré que Guillermo es un hombre muy atractivo –dijo su madre en un tono de voz que a Emma le puso los pelos de punta-. Que te hayas ido a vivir con él tiene un pase, pero de allí a que te juegues tu futuro profesional por él hay un mundo. Ningún hombre se merece ese sacrificio. Además, por lo que vi la noche que le conocí, no me extrañaría que dentro de poco tuviera a otra.

En ese instante Emma recordó un documental que vio una vez sobre unas crías de tigre o de pantera que devoraban a su propia madre.

-Tu madre tiene razón, Emma. No puedes dejar escapar la posibilidad de irte a Alemania con el doctor Meyer, seguro que una vez empieces te olvidas de urgencias y de Guillermo.

-¿Queréis que os cuente algo gracioso? Si no hubiera sido por Guillermo hoy ni siquiera te hubiera cogido el teléfono, papá. Vosotros nunca os habéis preocupado por mí, ni por Raquel. –Vio que su madre iba a decir algo y se lo

impidió-. Lo único que os ha importado es que fuéramos las mejores, las primeras de la clase. Pero nunca, nunca, os habéis planteado si somos felices. Pues bien, lo soy. Y no pienso hacer nada que ponga en peligro esa felicidad. No quiero irme a Alemania. Quiero seguir trabajando en urgencias, quiero ser un buen médico, aunque eso signifique que no voy a salir en ningún ranking o que no voy a tener una lujosa consulta privada. Quiero tener una buena relación con Raquel, quiero ser su hermana mayor, y quiero cuidar de mis amigos. Y, por supuesto, quiero a Guillermo. Lamento mucho que todo esto os parezca poco, insignificante, o que creáis que no merece la pena, pero para mí sí. Así que, gracias por el almuerzo pero ahora tengo que irme. Guillermo me está esperando.

Emma se dio media vuelta y empezó a caminar en dirección al metro. Había avanzado unos metros cuando su padre volvió a hablar:

-¡Piénsatelo mejor, Emma! El doctor Meyer no se irá hasta dentro de una semana.

Ella siguió caminando y al bajar las escaleras de la estación se dijo que la lágrima que le resbalaba por la mejilla era fruto de la tensión, y no porque a sus padres no les importara lo más mínimo su felicidad. Se subió al primer vagón, que por suerte iba bastante vacío, y se sentó. Aprovecharía el trayecto para tranquilizarse, y se negó a permitir que los comentarios e insinuaciones que su madre había hecho sobre Guillermo le hicieran daño.

## 3

Guillermo y Anthony fueron a comer a un pequeño restaurante italiano que había cerca del piso del inglés. Guillermo había conocido a Anthony años atrás, en uno de aquellos viajes a Londres en los que aprovechaba para ver a Gabriel, su mejor amigo y ahora cuñado. Con el tiempo, Anthony Phelps había dejado de ser uno de los colegas ingleses de Gabriel para convertirse en uno de los más buenos amigos de Guillermo por derecho propio.

Anthony era arquitecto y hacía un año que su bufete lo había trasladado a Barcelona para ocuparse de un edificio que les habían encargado en la Ciudad Condal. Antes de eso, vivía en Londres, donde cuidó de Ágata durante el periodo en que la hermana pequeña de Guillermo trabajó en la capital británica. Y no sólo eso, cuando fue el propio Guillermo el que regresó destrozado de Nueva York porque Emma no quería seguir con él, Anthony no lo dejó solo ni un segundo y escuchó sus historias sin quitarles importancia y sin ser condescendiente, comprendiendo perfectamente por lo que estaba pasando su amigo. Y ahora que Emma y Guillermo estaban juntos, nadie, exceptuando la propia pareja, se alegraba más que él.

-¿A qué debo el honor de tu compañía un sábado? ¿Emma está trabajando?

-No, sus padres la han invitado a comer –respondió Guillermo sin ocultar la gracia que le hacía dicho almuerzo-. Y hace tiempo que quería charlar contigo. Últimamente casi no nos vemos.

Anthony levantó una ceja.

-Pero si nos vemos cada dos por tres en el gimnasio. Y la semana pasada fuimos a tomar una cerveza juntos –le recordó Anthony-. ¿Te pasa algo? –preguntó más preocupado.

-¿A mí? No, que va. ¿Y a ti? –A pesar de la práctica que tenía esquivando los interrogatorios de sus hermanas, él nunca había conseguido perfeccionar la técnica de formular preguntas de ese estilo. Tenía la delicadeza de una apisonadora.

-No. Todo va bien, como siempre.

-No lo parece. No pareces el de siempre –añadió decidido-. Cuando regresé de Nueva York –empezó Guillermo- estaba convencido de que no conseguiría superar lo de Emma. Tú me ayudaste muchísimo, y recuerdo perfectamente todos aquellos comentarios que dijiste sobre el amor y lo difícil que es dejar de amar a alguien. –Vio que Anthony lo miraba por encima del borde de la tacita de café-. Y me acuerdo perfectamente de lo que sucedía cada vez que te cruzabas con mi

hermana Helena... Así que voy a preguntártelo directamente. –Tomó aire-. ¿Hay algo entre mi hermana y tú?

-No exactamente –respondió Anthony.

-¿Qué significa eso? –Guillermo empezaba a arrepentirse de haber sacado el tema.

-¿Te he contado alguna vez lo que pensé el día que conocí a tu hermana Ágata? –Era obvio que Guillermo no tenía ni idea, así que Anthony decidió continuar-. El día que conocí a Ágata, mejor dicho, la noche que conocí a Ágata tuve una especie de revelación. Ágata es encantadora, y posee una belleza muy dulce, pero no me refiero a nada de eso. Me refiero a lo que vi en sus ojos, y en los de Gabriel. Me acuerdo perfectamente de que cuando los vi mirarse me quedé helado. A mí nunca nadie me ha mirado de ese modo. Mentiría si te dijera que no sentí algo de envidia, pero lo que sentí por encima de todo fue alivio.

-¿Alivio?

-Sí, alivio. No me puedo ni imaginar lo que me pasaría si algún día una mujer me mirara de ese modo y luego dejara de hacerlo. Porque dejaría de hacerlo, eso te lo aseguro. Tarde o temprano terminaría sintiéndose decepcionada conmigo. Y no creo que pudiera soportarlo. ¿Cómo es ese dicho que tenéis los españoles? ¿Ojos que no ven corazón que no siente?

-Sí –Guillermo escuchaba atento la confesión de Anthony y vio que su amigo tenía la mirada perdida en el vacío. Y era una mirada que conocía a la perfección; una mirada de resignación.

-Por eso cuidé tanto de Ágata y la ayudé con Gabriel. Estaba convencido de que un amor como el de ellos no podía terminar mal. –Se terminó el café que le quedaba-. Así que ya ves, yo estaba tan tranquilo, convencido de que tenía la vida más que planeada cuando mi bufete decidió mandarme a España.

-Y conociste a Helena –se arriesgó a apuntar Guillermo.

-Y conocí a Helena –recoció Anthony-. La conocí una tarde lluviosa, había quedado con Ágata para ir a tomar un café, tu hermana había decidido devolverme el favor y ejercer de perfecta cicerone. Llegaron juntas, Ágata se acercó a saludarme mientras Helena cerraba el paraguas. Tardé unos segundos en verla, y cuando la vi pensé que había sido un engreído al creer que a mí eso del amor no podía afectarme. No te diré que me enamoré sólo con verla, eso sería una estupidez, pero en aquel preciso instante supe que podría llegar a hacerlo. Y cuando Helena empezó a hablar...

-Entonces, ¿por qué no sales con ella?

-Porque no. Es mejor así, créeme. Tu hermana se merece a alguien mucho mejor. Más joven, y con menos bagaje. Aunque no lo parezca, soy un saldo – Anthony trató de bromear-. Y además, ella está interesada en un compañero de facultad.

Guillermo se quedó mirando a su amigo durante un instante antes de volver a hablar.

-Deja que te diga una cosa, Toni. –Ya que Anthony lo llamaba a veces Will, Guillermo había optado por españolizarle el nombre-. Cuando Ágata se casó con Gabriel pensé que era una lástima que no tuviera más amigos con los que poder juntar a mis hermanas. No sé a qué demonios te refieres cuando dices que tienes bagaje, pero sea lo que sea no puede ser tan grave, y no se me ocurre un hombre mejor para Helena. Si no sintieras nada por ella te diría que pasaras página, pero eso no es verdad. Basta con mirarte a los ojos. Así que... no puedo creerme que vaya a decir esto, ¿por qué no haces algo?

Anthony sonrió con tristeza.

-Gracias, Guillermo, por todo. Pero créeme, es mejor así.

-No te entiendo. ¿Por qué estás tan convencido de que no saldría bien?

-Porque sí. –Vio que su amigo no iba a darse por vencido tan fácilmente y añadió-: Digamos que sé por experiencia que hay cosas que no tienen solución, y no soportaría defraudar a Helena. Y tampoco querría que ella se conformara conmigo. Ya te lo he dicho, tu hermana se merece algo mejor.

-Sigo sin entenderlo, pero en fin, si de verdad estás convencido de que es lo mejor para los dos no voy a insistir. Pero quiero que sepas que me encantaría que cambiases de opinión, y eso que ahora tendré que decirle a Emma que tenía razón acerca de ti y de Helena.

-Gracias, de verdad. ¿Y cómo van las cosas en el despacho? –Con una sonrisa Anthony optó por cambiar de tema. A lo largo de los últimos meses le había costado muchísimo, más de lo habitual, ocultar sus sentimientos, y el que Guillermo se lo preguntará directamente lo había dejado atónito. Y el que le hubiera dado su aprobación lo había desarmado por completo. Tenía en la punta de la lengua contarle la verdad, pero sabía que antes tenía que decírselo a Helena. Era lo mínimo que podía hacer.

-Muy bien –respondió Guillermo dándole una tregua-. En realidad este último mes he tenido tanto trabajo que estoy pensando en contratar a alguien para que me ayude y responda al teléfono. El lunes llamaré a Luisa, la recepcionista de mi antiguo trabajo, para preguntarle si puede recomendarme a alguien.

-Es una gran idea, si he aprendido algo desde que estoy en España es que los porteros y las secretarias son una auténtica fuente de información. Seguro que podrá ayudarte.

-Eso espero.

Guillermo y Anthony estuvieron un rato más intercambiando historias profesionales y luego se despidieron, prometiéndose que a media semana irían a tomar una cerveza juntos con Gabriel, y así ver las últimas fotografías de María. Tanto al tío de la pequeña como al padrino, título que Anthony ostentaba con mucho orgullo, les caía la baba con la pequeña, y cualquier excusa era buena para saber qué más había aprendido a hacer desde el último parte.

Guillermo fue al parking en el que había aparcado el coche y durante todo el camino de regreso a su apartamento no pudo quitarse de la cabeza la conversación que había mantenido con Anthony. Era obvio que su amigo estaba convencido de que, fuera lo que fuese lo que ocultaba, terminaría por decepcionar a su hermana y, por más que lo intentaba, no podía ni imaginarse qué podía ser. Decidió que le daría a su amigo un margen de tiempo y si las cosas entre él y Helena no cambiaban él mismo intervendría. Al fin y al cabo, lo había hecho con Ágata y el resultado había sido más que satisfactorio. Además, seguro que el secreto de Anthony no era para tanto.

Anthony regresó a su piso andando. Estaba sólo a unos metros y le iría bien que le tocara el aire. Estaba a punto de entrar en el portal cuando le sonó el móvil y al ver el número reflejado en la pantalla pensó que el destino tenía un extraño sentido del humor.

-¿Helena? –preguntó al descolgar.

-Sí, soy yo. ¿Te molesto? –preguntó ella algo tímida, y Anthony se la imaginó sonrojada y mordiendo un mechón de pelo.

-No, para nada. Dime.

-He salido a dar un paseo y al pasar por delante de la filmoteca he visto que esta noche ponen *Sed de mal*, y como me dijiste que era una de tus películas preferidas he pensado que te gustaría saberlo.

Anthony tardó unos segundos en reaccionar. Helena tenía razón, *Sed de mal* era una de sus películas preferidas, pero... ¿cómo era posible que ella se acordara de eso? Él se lo había contado la segunda vez que la vio, casi un año atrás, y...

-¿Anthony? –Helena dijo su nombre al escuchar aquel largo silencio-. ¿Estás allí?

-Sí, lo siento. ¿Te gustaría acompañarme? –le preguntó antes de poder pensarlo mejor.

-¿Al cine? ¿Esta noche?

-Sí. Si te apetece, y no tienes otros planes, por supuesto –añadió cruzando los dedos. A pesar de lo que le había dicho a Guillermo era verdad, le dolía muchísimo que Helena saliera con otro. Aunque fuera lo mejor para los dos.

-La película empieza a las ocho y media –dijo ella, eficiente como siempre-. Podemos encontrarnos en la puerta a eso de las ocho, así compramos las entradas con calma. ¿De acuerdo?

En realidad a Anthony le gustaría más ir a buscarla a su piso e ir paseando hasta el cine, pero accedió a la propuesta de ella.

-Perfecto. Nos vemos a las ocho. –Colgó y subió las escaleras repitiéndose que no pasaba nada por ir a ver una película. Cuando llegó a su piso casi estaba convencido, aunque era incapaz de dejar de sonreír porque ella se hubiera acordado de esa conversación sobre sus gustos cinéfilos y lo hubiera llamado.

## 4

Guillermo entró en casa y vio a Emma sentada en el sofá con la mirada fija en el infinito. Era obvio que ella no le había oído llegar y él se quedó allí de pie unos segundos mirándola. Se le aceleró el corazón, algo que le pasaba siempre que la veía, como si su cuerpo jamás fuera a acostumbrarse a estar enamorado de ella. Iba a hacer una broma acerca de los mensajes telefónicos que se habían mandado cuando vio que Emma estaba llorando en silencio, y sin dudarlo ni un instante se acercó a ella y la abrazó.

-Mi vida –le susurró, pasándole la mano por la espalda. Y ella rompió a llorar-. ¿Qué ha pasado?

-Mis padres –dijo ella, sonándose-, sólo querían verme para recordarme lo tonta que soy y redirigir mi carrera profesional.

Guillermo le dio un beso en la frente y siguió abrazándola sin decir nada.

-Al parecer el doctor Meyer, el hombre que me han presentado, tiene una vacante en su equipo de Alemania y me la ha ofrecido –le explicó ella ya más tranquila-. Y cuando les he dicho que no me interesaba, y que estaba convencida de que no era para nada la mejor candidata para el puesto... mis padres se han puesto en plan energúmeno.

-¿De verdad no te interesa ese trabajo? Si es por mí...

Ella le colocó dos dedos sobre los labios para evitar que no continuara.

-No me interesa. Y no es por ti, o mejor dicho, no es sólo por ti. Es por los dos. Me gusta mi trabajo en urgencias, y cada día que pasa siento que soy mejor médico. No quiero echar a perder eso. Y tú estás aquí. Y te quiero. Te quiero con toda mi alma.

-Seguro que encontraría algo en Alemania –dijo él emocionado. Emma no solía decirle cosas como esa fuera del dormitorio.

-Lo sé, y sé que lo harías por mí, pero la verdad es que estás muy ilusionado con el despacho, y toda tu familia está aquí, por no hablar de tu sobrinita. Y no quiero irme. –Le dio un beso-. Quiero ver a Raquel siempre que me apetezca, y no cuando encuentre un vuelo barato, y quiero seguir apuntándome a cursos de cocina.

-Entonces, ¿por qué lloras? –Le sujetó el rostro con las manos y con los pulgares le secó dos lágrimas.

-Lloro porque a mis padres no les importa lo más mínimo mi felicidad. Sólo les importa que su hija aparezca en las revistas de medicina como la cirujana más

joven del país, y tonterías por el estilo. Incluso... -se le quebró la voz-, incluso han insinuado que lo nuestro no funcionaría, y que tú...

-¿Qué yo qué? –preguntó él abrazándola con ternura.

-Que tú te cansarás de mí y te buscarás a otra... -confesó ella rompiendo a llorar de nuevo.

Guillermo se tensó un poco y se apartó.

-¿Y tú que crees? –le preguntó serio.

Emma lo miró a los ojos y le respondió con el corazón.

-Yo sé que eres el hombre más honesto que he conocido jamás. Sé que me amas y que si algún día dejas de hacerlo me lo dirás de frente, pero te juro que haré todo lo que esté en mi mano para evitar que eso suceda. En Nueva York me comporté como una tonta, cuando sospeché de ti y esa abogada y, bueno, ya sabes, pero he aprendido de mis errores.

-Te amo, Emma, y te aseguro que no se me pasará.

Guillermo le dio un beso y deslizó la mano hacia delante para desabrocharle los botones de la blusa, pero Emma se apartó.

-Espera un segundo. Tengo que decirte otra cosa.

-Está bien.

Emma lo miró a los ojos y respiró hondo antes de volver a hablar.

-Cuando he cogido el metro para regresar a casa no podía dejar de escuchar las palabras de mis padres en mi cabeza, y me he dado cuenta de que lo único que me importaba era que tú supieras que te amaba. Sé que a veces me cuesta abrirme, y todavía no sé qué hice para conseguir recuperarte, pero no estoy dispuesta a correr el riesgo de volver a perderte, así que... -Se apartó y se puso de rodillas frente a él, que la miraba atónito desde el sofá-. Guillermo Martí, ¿quieres casarte conmigo?

A Guillermo empezó a temblarle la mandíbula y lo único que se le ocurrió decir fue:

-Levántate, por favor.

-Antes tienes que contestarme, ¿quieres casarte conmigo? –repitió ella, mirándolo con el corazón en los ojos.

-Emma... espera un momento. –Se levantó y fue al dormitorio. Ella seguía de rodillas en la alfombra y las dudas empezaron a asaltarla. Tal vez se había precipitado. Pero cuando él regresó y se arrodilló delante supo que no-. Emma, no tuviste que hacer nada para recuperarme, siempre me tuviste, y nunca vas a perderme. –Le enseñó una pequeña cajita de terciopelo y la abrió. Dentro había un precioso anillo de oro rosa antiguo, con una única piedra también rosada en el

centro-. Era de mi abuela. Mi abuelo se lo dio a mi madre y le dijo que lo guardara para mí. Hace unos meses se lo pedí a mi madre y lo mandé limpiar. –Sonrió-. ¿No te has fijado que mis padres te miran las manos cada vez que te ven? Te quiero, Emma, así que sí, quiero casarme contigo. –Le deslizó el anillo en el dedo anular-. Pero con una condición.

-La que quieras –dijo ella emocionada, recordando que él había dicho una frase similar el día que se reconciliaron.

-Deja que yo también te lo pida, al fin y al cabo, llevo meses deseando hacerlo.

Ella asintió, incapaz de decir nada.

-¿Quieres casarte conmigo? –le preguntó sin disimular las lágrimas-. Te amo, y no puedo ni quiero imaginarme el resto de mi vida sin ti.

-Ni yo. Yo también te amo, y sí, rotundamente sí, quiero casarme contigo.

Tras esa frase se besaron y los dos se olvidaron del resto del mundo. Sólo existían ellos dos y el amor que sentían el uno hacía el otro. Hicieron el amor en el salón, como muchas otras veces, y entre besos y caricias se dijeron que se amaban y que se amarían para siempre. Y Emma, a diferencia de otras ocasiones, no lo dudó ni un segundo. Ella y Guillermo estarían juntos para siempre, y lo sabía porque siempre que tuvieran un problema se tendrían el uno al otro, y juntos podían superar cualquier cosa.

## EPÍLOGO

-Emma, despierta –le susurró Guillermo tras darle un beso-. Vamos, tesoro. Despierta.

Ella abrió los ojos despacio.

-Hola –le dijo también en voz baja.

-Hola –respondió él con una sonrisa-. Siento no haber podido ponerme al teléfono. Antes, al mediodía, cuando me has llamado –añadió al ver que ella lo miraba confusa.

-Ah, eso. No te preocupes. ¿Hace mucho que has llegado? –le preguntó incorporándose un poco-. ¿Cuánto rato he dormido?

-No lo sé. Son las nueve, y acabo de llegar ¿y tú?, ¿hace mucho que has llegado?

-Una hora. Debo de haberme quedado dormida. ¿Cómo es que llegas tan tarde?

Guillermo se sentó junto a Emma y le sujetó el rostro entre las manos.

-Te quiero tanto, mi vida. –Inclinó la cabeza hacia delante y le dio un beso. Uno de esos que a ella le hacían perder el sentido-. Haría cualquier cosa por ti.

-Yo también te quiero –susurró ella-. Pareces preocupado, ¿sucede algo?

-Tengo que contarte una cosa y no quiero que te enfades –confesó él antes de tomar aire y soltarlo todo-. Este mediodía, cuando has llamado estaba hablando con tu padre. Espera un segundo. –Al ver que ella iba a interrumpirle le cogió la mano y enredó los dedos con los de ella-. Sé que dices que no te importa, que lo has superado y que teniendo a Raquel a tu lado ya tienes suficiente. Pero yo sé que todavía te duele y la verdad es que no puedo soportar verte triste. Así que le he llamado y esta tarde he ido a verlos.

-Has ido a ver a mis padres –repitió ella.

-He ido a ver a tus padres. Les he dicho que íbamos a casarnos dentro de una semana y que me gustaría que vinieran. También les he dicho que tienen a una hija maravillosa a la que amo con todo mi corazón y que además es una doctora increíble. Les he dicho que por ti me iría a Alemania, a donde fuera, si tú de verdad lo quisieras. Y que sé que tú harías lo mismo por mí, porque nos amamos y queremos pasar el resto de nuestra vida juntos. –Vio que a ella le resbalaba una lágrima por la mejilla y la atrapó con el pulgar-. Les he dicho que cometerían un grave error si no querían formar parte de tu futuro, pero les he dejado claro que yo

sí voy a seguir en él y que haré todo lo que sea necesario para hacerte feliz, incluso ir a verlos y pedirles que vinieran a la boda.

-Y te han dicho que no. –Afirmó ella con tristeza, maravillándose de tener a un hombre tan increíble como Guillermo a su lado.

-Han dicho que miraran sus agendas –dijo él, levantándole el rostro con un dedo-. Te quiero, Emma. Yo siempre estaré a tu lado, sé que nos discutiremos, que a menudo no opinaremos lo mismo y que tendremos nuestros problemas, pero siempre te amaré y sé que formamos una pareja increíble, y que algún día tendremos una familia maravillosa. Ya lo verás.

-Yo también te quiero, Guillermo. –Se secó una lágrima-. Y aunque mis padres no vengán a la boda estoy segura de que será el día más feliz de mi vida. ¿Y sabes por qué? Porque a partir de ese momento serás mío para siempre.

-Emma, soy tuyo desde hace mucho tiempo. Lo de la boda es sólo un papel, aunque te confieso que me encantó que me lo pidieras –sonrió él con picardía-. Estoy impaciente por contárselo a nuestros nietos.

Ella se sonrojó pero le aguantó una mirada.

-Supongo que no serviría de nada que te pidiera que modificaras un poco la historia.

-De nada, mi vida, es uno de mis recuerdos preferidos. –Guillermo le dio un beso.

-Y mío también. Por cierto, ¿desde cuándo eres mío? –Le rodeó el cuello con los brazos y lo besó, apretándose contra él.

-Podría decirte que desde que echaste tu asiento del avión hacia atrás, pero sería mentida. ¿De verdad quieres saberlo?

-De verdad. –Le desabrochó el primer botón del cuello de la camisa.

-Desde que te besé. –Y procedió a recordárselo.

-A mí me sucedió igual, aunque quizá tardé un poco más en darme cuenta.

-¿Un poco? –Guillermo levantó una ceja.

-Está bien. Mucho. Pero no me negarás que luego te compensé. ¿Cuántas mujeres te han pedido que te casaras con ellas?

-Sólo una. La única a la que quería decirle que sí.

Emma terminó de desabrocharle la camisa y volvió a demostrarle que estaba más que dispuesta a recuperar todos los besos y caricias que habían dejado de darse durante el tiempo que habían estado separados.

La boda fue preciosa. Emma y Guillermo intercambiaron los votos matrimoniales frente a cuarenta invitados, entre los que se encontraban los padres de ella. Ricardo y Manuela habían aparecido sin previo aviso y se sentaron en el tercer banco de la pequeña ermita. El primer banco lo ocupaba la familia de Guillermo y en el segundo estaban Anthony con Nana, la abuela de Gabriel que sujetaba a María en brazos, y John y Hannah con sus abuelos, que habían viajado juntos desde Nueva York. Al terminar la ceremonia, que consistió sólo en un par de lecturas elegidas por los novios, se fueron a celebrarlo a un pequeño restaurante con vistas al mar que había en un pueblo cercano al del de la familia Martí.

Había cuatro músicos tocando suaves melodías de jazz, regalo de Anthony, y todo el mundo parecía estar casi tan contento como los recién casados. Incluso los doctores sonrieron en un par de ocasiones. Guillermo aprovechó que Emma estaba hablando con Raquel para acercarse a Anthony que, aunque había participado animadamente en toda la celebración, parecía estar triste. Su amigo estaba apoyado en una pared con una copa de whisky en la mano, observando la improvisada pista de baile en la que Helena formaba pareja con Eduard, su flamante y orgulloso padre.

-Me prometí a mí mismo que iba a darte algo de tiempo –le dijo Guillermo apoyándose en la pared junto a él-. Y creo que tres meses es más que suficiente. ¿Puede saberse por qué diablos no estás bailando con ella? Y no se te ocurra volver a soltarme ese rollo acerca de que la decepcionarás.

-Caray, Guillermo, creo que el matrimonio empieza a afectarte.

-Ríete si quieres, pero no pienso darme por vencido. –Dio un sorbo a la copa que él también sujetaba en la mano-. ¿Te acuerdas de cuando Emma estaba en Nueva York y yo creía que nunca volveríamos a estar juntos?

-Claro que me acuerdo. –Anthony bebió un poco sin apartar la vista de Helena. Estaba preciosa con aquel vestido de seda y esa sonrisa.

-En esa época conocí a una chica. Lucía, la chica de la inmobiliaria que me encontró el despacho.

-Me acuerdo de Lucía.

-Pues bien, Lucía era muy agradable, guapa y simpática. Y seguro que habría podido llegar a ser relativamente feliz con ella, pero jamás habría sido como con Emma. ¿Sabes lo difícil que es encontrar a la única persona del mundo que llena todos y cada uno de los rincones de tu alma?

Anthony miró a su amigo a los ojos.

-No la dejes escapar, Anthony. –Y con esa frase lo dejó allí sólo y fue a buscar a Emma, pues sentía la imperiosa necesidad de darle un beso.

-¿Dónde te habías metido? –le preguntó al verlo-. Te echaba de menos.

-Seguro. –Guillermo la rodeó por la cintura y la besó-. He ido a hablar con Anthony.

-¿Y?

-No sé, pero creo que tal vez he conseguido algo. No le veo ni a él ni a Helena por ninguna parte –le susurró en tono confidencial.

-Ojalá. –Ella también le rodeó por la cintura-. Veamos señor Martí, creo que me debe usted un baile.

-Todos los que usted quiera, señora Martí. Todos los que quieras.

Y con otro beso la deslizó al compás de unas notas que esperaba seguir escuchando durante el resto de su vida.

-Helena, ¿puedo hablar contigo un segundo? –Anthony la siguió hasta el pasillo-. No puedes seguir evitándome.

-La verdad es que sí que puedo, lo único que necesito es que tú colabores un poco –dijo ella sin darse la vuelta.

-No tengo intención de hacerlo. –La cogió por la muñeca-. No puedo seguir haciéndolo. Te echo de menos.

Esa confesión, hecha con voz temblorosa, consiguió que Helena se detuviera y bajara la vista. Anthony estaba casi pegado a su espalda, y ella inclinó la cabeza hacia abajo para mirar cómo los dedos de él le envolvían la muñeca. Anthony miró a su alrededor y vio que el pasillo en el que estaban se dividía en dos; hacia la derecha para ir a los servicios y hacía la izquierda, en dirección a lo que parecían ser unos despachos. Se decantó por el segundo y tiró de Helena. Cuando creyó que gozaban de la suficiente intimidad se detuvo y despacio apoyó a Helena contra la pared. El pasillo estaba a oscuras, y la única luz provenía de una enorme ventana que había en el fondo. Era de noche, pero la luna de invierno ofrecía la suficiente claridad como para poder verle la cara. Y los ojos, esos ojos con los que tantas noches había soñado.

-Tenemos que hablar, Helena –le repitió, apoyando las manos a ambos lados de la cabeza de ella.

-No –insistió Helena, diciéndose a sí misma que Anthony le había roto el corazón tantas veces que ahora apenas le quedaba el suficiente como para seguir

viviendo. Aunque una voz en su interior no dejaba de repetirle que nunca antes lo había visto tan afectado como en esos instantes-. No tenemos nada de qué hablar.

-¿Cómo que no tenemos nada de qué hablar? –A él le tembló la mandíbula-. ¿A caso te has olvidado de lo que sucedió entre nosotros?

Ella se negó a responder. Nunca se le había dado bien mentir, así que decidió levantar la barbilla y mantenerse estoica.

-Ya te he dicho que no quiero hablar.

-No quieres hablar –repitió él-. Y tampoco quieres verme. Y por lo que se ve tampoco estás dispuesta a escucharme. –La miró a los ojos.

-Deja que me vaya, Anthony –susurró ella, que empezaba a notar que se le llenaban los ojos de lágrimas-. Tú mismo dijiste que era mejor así.

Él se quedó inmóvil, recordando todo lo que había sucedido entre los dos, las palabras de ella, las de él... y lo que le había dicho Guillermo acerca de encontrar a la única persona capaz de llenar los vacíos de su alma. Helena era esa persona, y si la perdía jamás podría ser feliz.

-No puedo, cielo. No puedo –le dijo con voz ronca.

Anthony movió la mano derecha y la enredó en la melena de ella. Le acarició la nuca con los dedos, deleitándose al sentir que a Helena se le ponía la piel de gallina. Despacio, inclinó la cabeza en busca de los labios de ella, dándole una última oportunidad de apartarse de él. Helena no se movió, sino que separó un poquito los labios y se le aceleró la respiración. A Anthony le bastó con ese gesto para perder el control y conquistó la boca de ella con desesperación. La besó sin la delicadeza que se suponía que tenía, sin la destreza de un hombre de su edad. Lo hizo con el corazón, con el alma, y con el miedo que comporta saber que sin esa persona jamás estarás completo. El beso siguió y siguió. Pegó su cuerpo al de ella y cuando sintió que las manos de Helena se aferraban a la solapa de su americana estuvo a punto de dejarse en ridículo. Nunca antes había sentido aquella avalancha de sentimientos con un solo beso. Quizá su corazón y su cerebro por fin habían comprendido que estaba enamorado de esa mujer, y que por eso sí valía la pena correr el riesgo.

*Si quieres conocer la historia de Emma y Guillermo puedes leerla en **A fuego lento**. Una historia de amor ambientada entre fogones en Nueva York y Barcelona. Y encontrarás a Ágata y Gabriel en **Nadie como tú**, mi primera novela.*

*Y si quieres saber qué pasa con Anthony y Helena, no te pierdas **Dulce Locura**, que aparecerá en septiembre del 2010.*

No te olvides de visitar  
mi página web  
[www.annacasanovas.com](http://www.annacasanovas.com)  
y contarme si te ha  
gustado.